

ferir en el número de enero de su revista *Jerarquia*, que llega para la revolución triunfante el «tempo secondo», una segunda faz en que avanzará por grados, sin temores de senectud ni impaciencia de mocedad». Ha terminado ciertamente el reino de los dioses menores; de Giolitti, de Nitti, de Orlando, viejos capitanes fatigados, pero los hombres nuevos prefieren «la marcha romana de cuadradas legiones a los saltos mortales de Moscú». Progresar sin destruir: «nulla dies sine» línea, es el lema fascista; a cada día corresponde una tarea peculiar. El tiempo consolida estas operosas y lentas construcciones.

El *duce* es capaz de esperar, de contemporizar; puede, como el Fabio de la antigua Roma, sentir proclividad hacia soluciones prudentes, atribuir al tiempo una función esencial en su obra excelente. Ante algunos de sus gestos teatrales, ante la violencia de determinados discursos, declararon sus émulos que le arruinaría un salvaje ímpetu, que faltaría siempre a sus actos la medida. Mussolini había escrito que Kerenski era un dictador de cartón. Para abrumarlo los socialistas le llamaron Kerenski, capitán locuaz que desataba su energía en arengas.

El jefe del fascismo ha sorprendido a sus enemigos porque sabe esperar. Giuseppe Prezzolini, que ejerce tan sutil influencia sobre las nuevas generaciones italianas, me dice que conoce a Mussolini desde hace veinte años, desde que dirigía, en Florencia, la *Voce*; y que sabe cómo reúne a una formidable voluntad un entendimiento que calcula, una lógica fría. Puede llevar a terribles extremos la lucha y detenerse luego para evitar ruinas, obedeciendo a un firme sentido de la medida. Autoritario, a menudo egocéntrico, según su biógrafo Pietro Gorgolini, se rodea de hábiles consejeros, busca activos ministros.

Fácilmente se convierte en ditirambo el elogio de sus partidarios, tan fuerte es la acción que sobre las voluntades circunstanciales ejerce esta individualidad soberana. En torno a él, escribe el señor Emilio Settimelli, al trazar el retrato del Animador, «todas las cosas parecen frágiles y transitorias, los hombres criaturas de una raza inferior». Aun quienes le discuten reconocen que es un «gran artista de la acción». Se le ha comparado con Cavour y con Crispi, con los grandes estadistas italianos desde la época del «Risorgimento».

Rasgos napoleónicos dan a su fisonomía moral singular prestancia en tiempos de desencanto y de flaqueza. Creo que no ama a los ideólogos. En el principio de toda grandeza está la acción, diría él, como el Fausto. Le inspira «irresistible fastidio» la elo-

cuencia. Ha pedido, como Verlaine, que se le tuerza el cuello en tierra de tradición ciceroniana. Para él, se convierte el discurso en breve comentario de una intensa acción. En silencio prepara planes de combate, y pone, al ejecutarlos, una rectilínea voluntad, sin remordimiento y sin fatiga. En el duelo hermano y cotidiano de la pasión y de la razón, del instinto y del deber, el *duce* se inclina resueltamente a un orden en que triunfan ideas claras y normas precisas. Se adelantó a él Napoleón declarando que de

Teoría salvadora

Por BAGARIA



MUSSOLINI.—Per a sere bono gobernante hay que amordazare a tutto l'enemico di governanti, que sono il giornale, il popolo, la famiglia; en una parole, tutta l'Italia.

(El Sol, Madrid).

vivir en su época Corneille creador de héroes completos, le elevaría a la dignidad de príncipe. También, bajo la dictadura fascista, se vuelve a Leopardi en literatura; en arte, a Cánova, como si se sintiera la fatiga de lo desmesurado y atormentado.

Es un clásico, ha dicho de Mussolini un escritor que le estudia sin excesivo entusiasmo, Mario Missiroli, porque «sabe interpretar las pasiones sin sentir las». Crea emociones colectivas y las domina; levanta mitos sobre la angustia humana; y, mientras deja a otros el romántico frenesí, imperturbable, conserva una desencantada lucidez en su actitud.

Hace treinta años, estudiando la grandeza y la miseria de los Aurispa, familia señorial, D'Annunzio se lamentaba evocando a las razas decrepitas ¿Dónde está, preguntaba, el «dominador fuerte y tiránico» que por «la energía de su voluntad podrá elevarse sobre el Bien y sobre el Mal»? Para él quería la corona de rosas de Zaratus

tra. Allí está Mussolini que satisface esa terrible esperanza. Es el «príncipe» de Maquiavelo, el *duce* tranquilo, porque es fuerte, a la cabeza de un pueblo que cree siempre no en la sumisión sino en el poder, en la *virtú* cruel, altiva y segura de los hombres del Renacimiento.

(La Nación, Buenos Aires).

Poemas en prosa sobre la mujer

MUJER madre, tiéndete sobre la tierra y hazte tierra; santificate, lávate de tus viejos pecados con la sangre de tu dolor al bifurcarte.

Mujer madre, entrégate a tu hijo hasta olvidarte de ti misma. Mujer madre, cuando llegues al fin de tu amor y de tu ardor, ya no eres tú, ya no vas a vivir para ti. Mujer madre, tú no debes ser egoísta.

Recibe al hijo con veneración, recibe en él el perdón de tu culpa, y cumple, con el último de tus servicios, tu condena por haber sido impura.

Mujer, hazte un rizoma, y da lirios; levanta sobre ti, ya que te has enterrado en el polvo, un cepo de lirios.

Mujer madre, educa a tus hijos con el ardor con que te entregaste al amor; pon en tu diaria paciencia, el tesón que ponías en tus horas para buscar al amado. Muestra que tu empeño en hundirte hasta el corazón oscuro de la tierra, fué el empeño tembloroso de hacerte raíz. Muestra que no eres ciega y sin conciencia, como un animalito, sino que tu voluntad guía tus pasos. Prueba que sabías lo que buscabas a través de las sedas del beso, y que no rehuyes la espina, que sabes sacrificarte porque supiste amar.

Mujer, recibe la maternidad como una corona; como una corona tejida de lirios y de espinas. Lleva con orgullo tu pecado, porque llevas en tus brazos la redención.

Bendición

MADRE, mi árbol, mi brazo duro te refleja; mi carne nueva te repite; madre, lejana madre de mi madre, vives aún. Tus párpados deshechos miran en la tierra, todavía la gloria del señor.

Tu carne tiembla, tu pasión vive; tu pensamiento no se ha esfumado del todo.

Tus manos tejen aún al atardecer mirando los caminos.

Madre lejana de mi madre, tus labios callan, pero los míos hablan por ti.

Se hace palabra en mi lengua, lo que tembló como un aleteo doloroso en tu pecho; se hace realidad para mis ojos, lo que fué éxtasis en los tuyos.